

Don DeLillo

En las ruinas del futuro





Seix Barral Biblioteca Formentor

Don DeLillo

En las ruinas del futuro

Traducción del inglés por
Javier Calvo

Título original: *In the Ruins of the Future*

© Don DeLillo, 2001

Publicado originalmente en *Harper's Magazine*, diciembre 2001

© por la traducción, Javier Calvo, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.seix-barral.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2021

ISBN: 978-84-322-3901-4

Depósito legal: B. 10.927-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Huertas Industrias Gráficas

Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

1

En la última década el ascenso de los mercados del capital ha dominado los discursos y ha dado forma a la conciencia global. Las corporaciones multinacionales han llegado a parecer más vitales e influyentes que los gobiernos. La subida espectacular del Dow Jones y la velocidad de internet nos han llamado a vivir de forma permanente en el futuro, en el resplandor utópico del cibercapital, porque allí no existe el recuerdo y es el lugar donde los mercados no están controlados y el potencial de inversión no tiene límite.

Todo esto cambió el 11 de septiembre. Hoy el relato del mundo lo vuelven a escribir los terroristas. Pero el objetivo principal de los hom-

bres que atacaron el Pentágono y el World Trade Center no fue la economía global. Fue Estados Unidos quien provocó su furia. Fue el brillo de nuestra modernidad. Fue el ímpetu de nuestra tecnología. Fue eso que se percibe como nuestra impiedad. Fue la fuerza bruta de nuestra política exterior. Fue el poder que tiene la cultura estadounidense para infiltrarse en todas las paredes, hogares, vidas y mentes.

La respuesta del terror es un relato que se ha ido escribiendo a lo largo de los años, pero que ahora se vuelve inexorable. Los territorios que han quedado ocupados ahora son nuestras vidas y mentes. El acontecimiento catastrófico ha cambiado nuestra forma de pensar y de actuar, momento a momento y semana a semana, y no sabemos cuántas semanas, meses y años de acero están por venir. Nuestro mundo, o por lo menos varias partes de nuestro mundo, se ha precipitado en el de ellos, lo cual quiere decir que ahora vivimos en un lugar de peligro y de furia.

Los manifestantes de Génova, Praga, Seattle y otras ciudades quieren ralentizar ese im-

pulso global que parece estar llevándonos a ciegas a un paisaje de consumo robotizado y de inestabilidad social, y también mermando seguramente la capacidad de la mayoría de la gente de la mayoría de los países para decidir sus propios destinos. Fueran cuales fueran los actos de violencia que marcaron las protestas, la mayoría de los hombres y las mujeres involucrados en ellos tienden a ser una influencia moderadora que intenta ralentizar la situación, estabilizar la situación, postergar ese futuro al rojo vivo.

Los terroristas del 11 de septiembre, por su parte, quieren traer de vuelta el pasado.

2

Nuestra tradición de libertad de expresión y la salvaguardia que hace nuestro sistema judicial de los derechos de los acusados solo pueden parecerles una ofensa a unos hombres entregados al terror suicida.

Nosotros somos ricos, privilegiados y fuertes, pero ellos están dispuestos a morir. Esa es la ventaja que tienen, el fuego de la fe agraviada. Nosotros vivimos en un mundo muy grande, rutinariamente lleno de toda clase de intercambios, un circuito abierto de trabajo, conversaciones, familias y sentimientos expresables. El terrorista, infiltrado en un pueblo de Florida, empujando su carrito de supermercado, saludando con la cabeza a su vecino, vive de una

manera mucho más restringida. Esa es su ventaja y su fuerza. Las conjuras reducen el mundo. El terrorista trama una conjura en torno a su rabia y nuestra indiferencia. Vive una modalidad muy concreta de separación, dura y tensa. No es el narcisista, ese chaval blanco blandengue y desorientado que dispara a alguien para evitar desaparecer en su propio interior. El terrorista comparte con los suyos un secreto y un yo. En un momento dado sus hermanos y él pueden empezar a sentirse menos motivados por la política y por el odio que por el hecho en sí de la hermandad. Tienen en común los códigos y los protocolos de su misión en este territorio, y también algo más profundo, una visión del juicio y la devastación.

¿Acaso la imagen de una mujer empujando un carrito de bebé ablanda al terrorista, obligándole a ver su humanidad y su vulnerabilidad, y también la de su criatura, y la de toda la gente que ha venido a matar?

Esa es su ventaja, que no la ve. Años aquí, esperando, yendo a clases de vuelo, desempeñando rutinas de la comunidad y del hogar, la

tarjeta de crédito, la cuenta bancaria, el apartado de correos. Todo táctico, vinculado, estratificado. Sabe quiénes somos y lo que significamos en el mundo: una idea, una fiebre justiciera en el cerebro. Pero al final de su mirada no hay ningún ser humano indefenso.

La sensación de desarticulación que oímos en la expresión «nosotros y ellos» nunca ha sido tan impresionante por ambas partes.

Podemos decirnos a nosotros mismos que lo que sea que hayamos hecho para inspirar amargura, desconfianza y rencor no puede ser tan execrable como para provocar los eventos de ese día. Pero el apocalipsis no tiene lógica. Sus artífices han traspasado las fronteras de la retribución apasionada. Esto es el cielo y el infierno, una noción de martirio armado entendido como drama máximo de la experiencia humana.

El hombre jura sumisión a Dios y medita sobre la sangre que se va a derramar.